

## EDITORIAL

### ROSITA RENARD, UNA ARTISTA Y UN EJEMPLO

**E**L 24 del pasado mes de Mayo, dejó de existir la pianista chilena Rosita Renard. Ocupaba la gran artista un puesto de excepción entre nuestros intérpretes de música, desde hace muchos años consagrado también en el primer rango de los valores internacionales. En toda América y en Europa, allá donde llegó con la presencia de su arte la de una personalidad sobremanera rica en espíritu, la noticia del fallecimiento de Rosita Renard ha sido acogida con profundas manifestaciones de un duelo sincero. No sólo la música chilena, sino el arte contemporáneo en general han sufrido una pérdida irreparable.

No hemos de pretender en estas líneas un resumen de la labor desarrollada por Rosita Renard en el doble aspecto que abarcó: como ejecutante y como profesora. Es demasiado pronto para medir en sus consecuencias ilimitables el influjo ejercido por una figura de artista como la suya. Por otra parte, el dolor ante su muerte nos veda la necesaria objetividad. Sin embargo, aun en esta ocasión, hay un aspecto en la obra cumplida por Rosita Renard que resalta entre los muchos otros y de por sí se impone. En Rosita Renard se dieron, unidos en perfecto equilibrio, los atributos de una artista de sensibilidad insuperable con los de un ser humano pródigo de sus dones. Si su compenetración con la música que interpretaba sorprendía por la finura y delicadeza, por el perfecto oficio, por la conciencia de su alta misión, al lado de todo esto brilló siempre una efusión cordial que daba al arte su máxima intensidad de vida. Rosita Renard nos hacía sentir una época, un estilo, un creador de música determinados, porque de ellos nos hablaba con mucho más que el simple conocimiento intelectual. Ahondaba en las esencias de la obra de arte para transmitirnosla con absoluta pureza a través de su temperamento privilegiado. Porque asimilaba y sabía captar cuanto en el arte se encierra, porque sus sentidos

---

recogían hasta el más íntimo matiz con la misma permeabilidad que sus sentimientos, Rosita Renard expresaba lo que es belleza y lo que es emoción en la música, en perfecta alianza de lo uno con lo otro.

Rosita Renard ha dejado en Chile una pléyade de discípulos, de cuya formación se preocupó, tanto en un aspecto formal y técnico como en las esferas menos accesibles de la sensibilidad artística. La obra y el influjo ejercido sobre nuestro ambiente por tan egregia figura continuarán así transmitiéndose a las generaciones sucesivas. La gran artista, en medio de los afanes de su carrera internacional, nunca olvidó la responsabilidad que le cabía cerca de su país. Ejemplo admirable que por nadie ha de ser olvidado. Sacrificó muchas de sus horas, años enteros, incluso con perjuicio para sus triunfos en el exterior, a la misión que se había señalado respecto de su patria. Con auténtica abnegación, sacrificó, cuando era preciso sacrificarla, parte de su gloria exterior a la labor paciente y silenciosa de su cátedra en el Conservatorio Nacional de Música. ¿Cuántos artistas hubieran sido capaces de otro tanto? Rosita Renard no sabía negarse a las obligaciones, por arduas que fueran, que le imponía un estricto sentido de su deber en el desarrollo del arte chileno de nuestro tiempo.

Una somera relación de las actividades desplegadas por Rosita Renard en su labor artística, destaca con fuerza mayor que ningún calificativo el doble aspecto de ella que glosamos: la altura a que elevó el nombre de Chile y de su presente musical en el extranjero; la austeridad y el esfuerzo con que, dentro de Chile, contribuyó a enriquecer la música con su copiosa experiencia.

Rosita Renard ingresó en muy temprana edad al Conservatorio Nacional de Música, como alumna del profesor de piano Don Roberto Duncker. Al terminar sus estudios, en 1908, los extraordinarios méritos demostrados como concertista hicieron que el Estado chileno la pensionase en Alemania para el perfeccionamiento de su técnica. Fué en este país discípula del famoso Martín Krausse, discípulo a su vez de Liszt; después de una jira de conciertos por Europa, que consolidó su naciente prestigio internacional, regresó a Chile en 1914 para ofrecer diversas actuaciones. En 1915 hizo su primer viaje a los Estados Unidos, donde sus recitales de solista y su participación en conciertos de las orquestas de mayor relieve en Nueva York, Boston y Chicago prolongaron la fama de que ya disfrutaba como una de las primeras figuras en su instrumento. En 1919, visita México, de paso para Chile, donde permanece hasta

---

1921, fecha en la que se traslada de nuevo a Alemania. Por varios años, las principales ciudades de Europa y de los Estados Unidos admiran a la excepcional intérprete. En 1930, el Conservatorio Nacional la contrata como profesora de Piano y Profesora-jefe del Departamento de Instrumentos de Teclado del mismo centro educacional. Alterna en este lapso, que cubre once años, su labor de profesora con repetidas actuaciones en los conciertos que se celebran en Santiago y en provincias. La Orquesta Sinfónica Nacional, que dirigía el maestro Armando Carvajal, contó con su colaboración como solista en buen número de conciertos. En 1941 emprende con el maestro Erich Kleiber, una gira por América del Sur y Central, presentándose en conciertos con orquesta y en recitales de piano, en Buenos Aires, Montevideo, Lima, La Habana y otras capitales. Visita México en 1946, donde actúa con la Sinfónica de aquel país bajo la dirección del maestro Carlos Chávez. Su giras americanas como solista o con las primeras orquestas del continente prosiguen en infatigable labor. Se repiten sus éxitos anteriores en Estados Unidos, y el 19 de Enero del presente año obtiene un triunfo en el Carnegie Hall de Nueva York, sólo comparable en entusiasmo del público y en reconocimiento por la crítica a las clamorosas presentaciones en dicha sala de Claudio Arrau, la otra figura indisputable de la escuela pianística chilena contemporánea. Fué ésta la última actuación pública de Rosita Renard. A poco de su regreso a Chile, para participar en la actual temporada sinfónica, cayó enferma. El destino iba a arrebatarlos, en plena sazón, uno de nuestros grandes valores. Pero su obra permanecerá inmarcesible entre nosotros, afianzada por el paso del tiempo que ha de prestarla sus vastas perspectivas.